



¿Media naranja? ¡Mangos!

Una mirada crítica al mito del amor romántico y sus implicaciones en la autoestima de las mujeres

¡No! No estamos incompletas. Sí, la presión social por encontrar pareja y el juicio a las mujeres “solas” orilla a prácticas de alto riesgo emocional y corporal para agradar a los demás, para no ser la solterona malhumorada en la escala más baja de la pirámide social patriarcal y heteronormada. Este mes del amor y la amistad, en Ola Violeta nos ponemos a mirar críticamente el mito del amor romántico. Abordamos sus implicaciones para la autoestima y el autoconcepto de las mujeres, pues hoy niñas y adolescentes crecen en un contexto de hipersexualización en que se normaliza aprender a gustar por medio de la exhibición del cuerpo en redes sociales. Que este mes sea también el del amor propio, eso sí que es revolucionario.

San Valentín abre oportunidades para las perspectivas feministas. El 14 de febrero da pie a tener desde gestos de aprecio hasta cuestionar el consumismo asociado a la fecha. Nos da ocasión también para la reflexión crítica sobre cómo las ideas alrededor del amor llevan a que las mujeres juguemos papeles dañinos para nosotras mismas en las relaciones de pareja. Todo comienza con la idea de que estamos incompletas e incompletos. Por estar seguras de que la necesitamos, estamos permanente y desesperadamente, como decimos en español, buscando a nuestra “media naranja”.



El origen de la incompletud

La escritora feminista y activista social Bell Hooks aseguró que tenemos la creencia de que las relaciones románticas, más que cualquier otra cosa, nos rescatarán y redimirán. Conocer una de las mitologías que nutren al amor romántico, la que dio pie a buscar nuestra mitad perdida, puede ayudar a emanciparnos de las expectativas que se alejan de la realidad. La creencia de que existe una media naranja, alma gemela u otra mitad, para cada uno de nosotros y que encontrarla es igual a la felicidad tiene un origen remoto.

La reunión en que surgió esta historia tuvo lugar hace más de 2 mil 300 años, entre los siglos V y IV a.C., en la Grecia clásica, en la ciudad de Atenas. El relato nos llega por medio de Platón quien escribió “El banquete”, uno de sus célebres diálogos, en este caso dedicado a la naturaleza del amor. La conversación involucraba al filósofo Sócrates y el dramaturgo Aristófanes entre otros invitados a una cena en casa del poeta Agatón. El dramaturgo habló después de un ataque de hipo. Al hacerlo, según la académica Edith Hall, Aristófanes expuso el origen de los humanos con un mito que buscaba explicar por qué las personas sentimos como si nos faltara algo al estar solas.

Según Aristófanes en un antiquísimo pasado las personas éramos mujeres, andróginos y hombres, cada uno esférico, con cuatro piernas y cuatro brazos, dos genitales y dos caras que miraban en direcciones opuestas. Entre esas personas antiguas había algunas que eran mitad hombre y mitad mujer, pero también había quienes eran mujer y mujer, así como hombre y hombre.

La interpretación de Hall es que, como ocurre con otros mitos griegos, había un elemento de desafío a los dioses en el orgullo que sentían de sí mismas esas antiguas personas. Esto llevó a esos humanos originales a subir al cielo para combatir a los dioses. El resultado fue que Zeus, el mayor de los dioses, le dio



órdenes a Apolo, otro dios, para que partiera por la mitad a cada persona para debilitar a los antiguos humanos y que dejaran de sentir que podían compararse a los dioses. Así, las antiguas figuras esféricas, que parecían naranjas, terminaron siendo planas. Esto nos condenó a dedicar la vida al encuentro con nuestra otra mitad, una experiencia inevitablemente melancólica: mitades siempre en busca de su parte faltante, de su media naranja.

Más de 2 mil años después, esta noción del amor sigue viva en el siglo XXI en innumerables canciones, películas, series de televisión y toda clase de productos de la cultura popular; así como en nuestras conversaciones cotidianas sobre la persona que nos gusta. En el centro está la idea de la absoluta necesidad de nuestra media naranja. Pero si esto parece situación compartida por hombres y mujeres, hay que analizar más para descubrir que en el amor tampoco estamos en plano de igualdad.

A diferencia de hombres solteros de igual o mayor edad a quienes simplemente se les ve como personas que todavía no han escogido a su pareja o disfrutan de su libertad, como ha dicho la escritora Chimamanda Ngozi Adichie, nuestra sociedad enseña a las mujeres que desde cierta edad el no estar casadas es un rotundo fracaso personal.

Más delgada, más alta, más sexy

La presión por conseguir pareja detona prácticas nocivas a nivel mental y físico en las mujeres. Esta narrativa es reforzada cotidianamente con miles de estímulos desde la infancia a través de los cuentos de hadas con princesas rescatadas por un príncipe azul como puerta de entrada a una vida feliz para siempre y con imágenes que hipersexualizan la infancia y banalizan la exhibición corporal desde la



adolescencia como signo de popularidad —perrear para ganar likes—, así como la definiciones de la belleza femenina a través del estereotipo de blanca, delgada, alta.

El análisis de una muestra de mujeres apoyadas por Ola Violeta AC nos revela datos alarmantes: cuatro de cada cinco están conscientes de que realizan dietas no por salud sino por verse mejor; tres de cada cinco mantiene la “esperanza” de conseguir pareja si mejora su aspecto físico y el 100% de ellas se guía para evaluar cuánto mejora en los patrones estereotípicos de belleza que al menos la mitad de ellas reconoce como inalcanzables. En otras palabras, es una carrera hacia una meta que no existe como posibilidad real pero sí como presión mental permanente cuyo efecto es la desconexión del propio cuerpo al rechazarlo por no poderlo transformar en lo que el sistema les muestra como ideal, correcto y deseable.

Esto tiene profundas implicaciones en el autoconcepto y la autoestima. Es indiscutible la importancia de la autonomía y la liberación de las mujeres para fortalecer su autoestima, promoviendo la toma de conciencia y la resistencia frente a las opresiones de género, subyacentes a la violencia machista. El discurso prejuicioso sobre la corporalidad de las mujeres interiorizado es una forma silenciosa de agresión que puede conducir al feminicidio emocional.

“¿Viene sola?”

Existe un juicio social negativo sobre la soltería femenina y algo de lo más incómodo en fechas como el 14 de febrero es la libertad que mujeres y hombres consideran tener para importunar a las mujeres independientes. Asimismo, algo contradictorio es la disposición que muchas mujeres mostramos para aguantar esas intromisiones en nuestra vida privada por medio de preguntas que insinúan como



problemático cuando las mujeres vamos al cine solas, queremos tomar un café o una copa sin compañía y, llanamente, tenemos objetivos más allá de tener pareja.

Tales situaciones son explicables porque desde niñas nos educan para gustar y eso incluye no confrontar a quienes nos incomodan e incluso contenernos ante francas agresiones. En algunas prácticas, no obstante, vemos cambios: conviven el viejo discurso que nos orienta desde niñas al matrimonio y discursos innovadores que abren otras posibilidades para las mujeres. Una estrategia para encauzar el cambio ha sido propuesta por la filósofa política Chantal Mouffe quien sugiere articular prácticas microculturales, que podemos realizar en la vida cotidiana, para generar intervenciones macropolíticas que constituyan un nuevo discurso.

Incluso en generaciones recientes el objetivo de vida marcado para las mujeres era el matrimonio. Pero algo se está transformando. Alrededor del mundo la milenaria institución del matrimonio está cambiando aceleradamente desde la segunda mitad del siglo XX. En general, según los y las investigadores de Our World in Data, en muchos países la gente se casa más tarde en su vida —que esto ocurra más en países desarrollados que en regiones en desarrollo sugiere que en esto hay influencia de las condiciones económicas—, hay en general menos matrimonios — en países tan diversos como Estados Unidos y Argentina, lo que sugiere que esto no está determinado por las condiciones económicas—, se incrementa la preferencia por vivir en pareja sin matrimonio de por medio y en algunos países hay un creciente separación entre matrimonio y crianza de hijos; en México, por ejemplo, la mayoría de los niños hoy nacen sin que sus padres estén casados.

También en México, aunque la mayoría de los y las mayores de edad mexicanos reporta haber contraído matrimonio, según datos del INEGI, se trata de una mayoría que podríamos calificar como relativa pues 12.2% son personas en situación de viudez, divorcio, separación (o no declararon su situación conyugal), 17.8% viven en unión libre, 33.1% son solteros y solteras y el 36.9% están casadas y casados.



Las cifras de México y los análisis de Our World in Data pueden ser motivo de motivación para los esfuerzos de cambiar la sociedad pues nos dejan ver que una institución social como el matrimonio puede reformarse y las y los ciudadanos puede hacerlo rápidamente, en particular si, como recomienda Mouffe, se comienza desde lo pequeño para lograr las grandes transformaciones: combatir los micromachismos no es en vano.

Tic-tac

La biología de las mujeres también agrega otro desafío. Además de buscar una media naranja, las mujeres padecemos la presión cultural de ser madres, experimentando, por tanto, la carga añadida del llamado “reloj biológico”, la ansiedad de embarazarnos cuando “todavía estemos a tiempo”. Para terminar en esta condición hay un entrenamiento social que inicia tempranamente y forma parte de la educación para gustar. Esto implica censurar la expresión de nuestras emociones: una mujer, se cree, no debe enojarse; tiene que aguantar toda clase de acciones que son maltratos físicos y psicológicos, las mujeres debemos, pues, ignorar incomodidades y está mal visto que fijemos límites.

El reloj biológico, sin embargo, es una metáfora proveniente de los años 70 del siglo XX: el 16 de marzo de 1978 el periodista Richard Cohen tituló un artículo en el *Washington Post* con estas palabras: “The Clock is Ticking for the Career Woman” (Corre el reloj para la mujer profesionalista). Pero existen razones científicas y culturales para no ser presas de la metáfora: es necesario emanciparnos del reloj biológico y normalizar la libertad de tener o no tener hijos.

El problema no es estar en pareja, ni desear compañía o la legítima decisión de ser madres. El problema es el amor romántico, la idealización de las relaciones porque implican cargas para las mujeres, significativamente las dinámicas de poder de



género. Desde el pasado y hasta nuestro tiempo las mitologías establecen estereotipos de lo que debe hacer una mujer para merecer el amor y esto se asocia con subordinarse: una pretendida meritocracia que es cárcel para las mujeres. Por esto, la filósofa feminista Simone de Beauvoir afirmó que debido a la desigualdad entre hombres y mujeres el amor resulta una especie de maldición que confina a las mujeres al eterno femenino, otro mito patriarcal. Hay paralelos: así como los países requieren forjar su autosuficiencia en campos clave, así también las personas necesitamos estar completas y satisfechas con nosotras mismas para tener relaciones sanas con nuestras parejas.

Como anotábamos al inicio: en la sociedad contemporánea, con su marcada vida virtual, con tal de gustar y por el miedo de no encontrar y “asegurar” a tiempo la compañía de una media naranja, las niñas y adolescentes se forman en la creencia de que, por no ir solas a una fiesta, a la plaza pública, el parque o los centros comerciales habría que pasar por alto agresiones y jamás definir límites que las parejas no deben cruzar. Así, reprimimos el respeto hacia nosotras mismas. Frente a ello están propuestas como los artículos y libros de la académica Robin S. Dillon quien ha trabajado alrededor de la idea de construir un concepto feminista de respeto propio. Además, podemos pensar y actuar al lado de Mouffe: estas diarias prácticas culturales son la base en que se incuba el feminicidio emocional, oponernos a ellas cada día es contribuir a la transformación de la hegemonía patriarcal.

Podemos volver al origen y tratar de entender las relaciones de pareja desde el mito creado por Aristófanes. El dramaturgo atribuía a Eros, al impulso vital, ser el “Restaurador de la antigua naturaleza, que intenta hacer uno solo de dos y sanar la naturaleza humana”. Pero hoy sabemos que la cultura puede estar sobre la naturaleza: ¡es falso que necesitemos a otro para estar completas! Además, podemos tomar en cuenta que Aristófanes ya veía la diversidad del amor al hablar



de él entre mujeres y hombres, hombres y hombres, y entre mujeres y mujeres. El tener o no una pareja y quién sea nuestra pareja no debe afectar nuestra autoestima: en la revaloración del lugar de las mujeres en nuestra sociedad está buena parte de la solución a este problema milenario. Esto, por supuesto, no excluye disfrutar al máximo de nuestras relaciones de pareja, ¡podemos revolucionarlas!

“En Ola Violeta celebramos el 14 de febrero y decimos: ¡qué viva el amor!, ¡qué viva su resignificación! El amor propio empieza en dismantlar la presión por ser sexy, pero no corriente; alta, pero no más que los hombres; delgada, pero con carnita para complacer; empoderada pero tampoco tanto para asustar a las parejas potenciales”.

María Elena Esparza Guevara

Fundadora de Ola Violeta AC

©Todos los derechos reservados Ola Violeta AC